

“Rincón de las memorias a la luz de Luna”

Entra el mes de Febrero. Época de Carnaval, de exámenes, y del 14-F, o lo que es lo mismo: San Valentín, fecha maldita para aquellas personas que no les gusta la soledad.

Globos, corazones, rosas, peluches, rojo en todos los escaparates. Gente feliz por la calle, abrazos, besos, muestras de cariño... No sé si seré la única persona en el mundo, que al ver esas cosas, le entra un no se qué por el cuerpo, como si de un vacío se tratara.

Esta es mi visión funesta de 14-F, bueno, mejor dicho, era mi visión, hasta que llegaste tú. Nunca olvidaré aquel día en la playa...

Hacía calor, mucho calor. Mis amigos y yo nos fuimos a darnos un chapuzón y a hacer las idioteces propias de nuestra edad: carreras para comprobar quien era el más veloz, a ver quien aguantaba más buceando y cosas por el estilo.

Hartos de tanta agua, caímos en las toallas y allí nos quedamos, charlando tranquilamente sobre deportes, juegos, planes de futuro... Hasta que llegó un amigo con “compañía”. Llegó con cinco chicas. Puedes imaginarte nuestra reacción: ojos como platos y la boca tan abierta que podía pasar un portaviones perfectamente por ella. No salí de mi ensimismamiento hasta que esa risa, esa dulce risa me despertó y me cautivó para siempre.

La tarde transcurrió sin muchos incidentes. Al principio, había dos grupos claramente diferenciados: el de los chicos y el de las chicas. Diez muchachos hechos y derechos que en ese momento, parecían niños pequeños, hasta que acercaste a mí y te presentaste. Desde aquel momento, Laura era el nombre que más me gustaba.

Parece que tras el primer paso de Laura, los demás la imitaron y quedamos cinco parejas en una tarde de verano. Aunque había gente que lo pasaba bien, y gente que no: dos de las parejas se disolvieron y se fueron los chicos al agua y las chicas a tomar el sol; tú y yo seguíamos charlando de nuestras cosas y las dos parejas restantes, usaban los labios de otra forma.

Al acabar la tarde, intercambiamos móviles para seguir en contacto. Con una sonrisa te despediste, una sonrisa que marcaste en mi corazón.

Esa noche estaba en mi cuarto, pensando en todo lo que había sucedido. Me dí cuenta de que no hablé casi nada. No me salían las palabras, y me quedaba hipnotizado con tu boca. Tenía una sonrisa estúpida que nadie podía borrar de mi cara... y aún la tengo, gracias a ti.

Quería volver a verte, necesitaba estar cerca de ti, sentirte a mi lado, pero por otra, no sabía si me estaba metiendo en un corazón ocupado, indiferente o correspondido...

Esa duda en mi cabeza estaba acabando conmigo. A la semana siguiente decidí salir de dudas.

Quedé contigo en la misma playa donde nos conocimos. Llevé algo de comida y unas cuantas velas. Era una “cenita romántica” en toda regla: el suave rumor de las olas por música, una buena iluminación, las velas tenían poca importancia, ya que velaba por nosotros la Luna, grande, entera y en miad del cielo de la noche. También teníamos a nuestro favor la soledad de la playa.

Hiciste acto de presencia, y casi me caigo al suelo. Todo lo que te pones te sienta bien. Eras toda hermosura y belleza, y lo que es mejor compartíamos aficiones, gustos y coincidíamos en casi todo.

Cenamos tranquilamente y al acabar te acercaste a mí. Mi corazón parecía querer salirse de mi pecho y empezar a corre por toda la playa. “¿Por qué estas tan nervioso? No te voy a comer” dijiste entre risas.

En ese momento, te cogí por los hombros y te puse frente a mi cara. Me perdí durante un momento en tus inmensos ojos azules. La suave brisa revolvía caprichosamente tu pelo castaño. Por un momento me olvidé del mundo, de mí mismo y de lo que estaba haciendo.

No aguantaba más, te tomé las manos y te dije todo lo que sentía por ti. Después de unos minutos de silencio, se clavaron en mi corazón como cien espadas ardientes, tomaste mi cara entre tus cálidas manos. Lo que me dijiste, nunca podré olvidarlo: “entre tú y yo sobran las palabras, pero si quieres una respuesta aquí la tienes”

*Seré el sol que caliente todas las fibras de tu ser.
Seré la luna que te acompañe en esas noches de soledad
y seré todas las estrellas del cielo para que cuando las mires te digan:
¡Te Quiero!*

Te acercaste despacio y nos fundimos en un beso. Un beso verdadero. Un beso maravilloso y eterno, que repetimos hasta el día de hoy, y seguiremos repitiéndolo mucho más.

¡Feliz San Valentín!